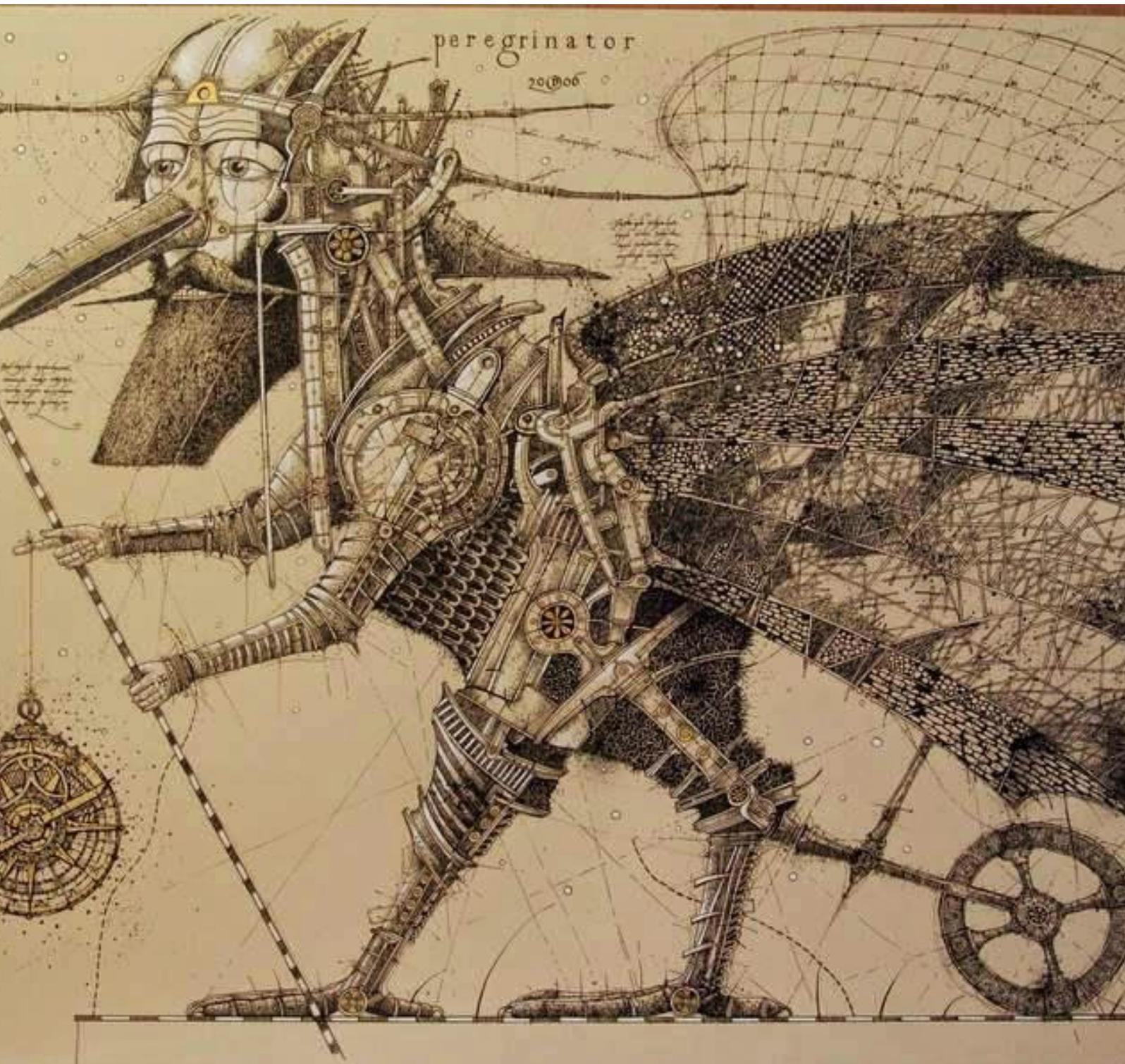


Un editor Hipogrífico

Lucía de Luna



Capítulo 1

Un editor Hipogrífico

La luna merece que todos los hombres la miren,
siquiera una vez antes de morir.

Jorge Luis Borges

No tengo la costumbre de saludar a los muertos pero era imposible no notar su fantasmagórica álgida presencia con su voz de granizo, era un ánima de piel y viento, un ser irremediable, testarudo, así invadió todo el lugar como destellos y su voz era como de piedras entre ráfagas de luz.

¿Qué otra salida quedaba sino saludarle e invitarle a tomar asiento y ofrecerle algo de beber?, ¿un vaso de agua, quizá un café o preferiría té?

Sus pisadas de plomo se arrastraron como hilachos de arenisca, padecía una cojera, por lo que lentamente y, a su propio paso, caminó por la habitación y justo antes de sentarse, dio dos vueltas como suelen hacerlo los felinos para finalmente tomar asiento, mostrando su educación y elegancia con absoluto esplendor.

Me senté enfrente, era obvio, temblaba; pero me dio las gracias, me dijo que no necesitaba beber nada, me aclaro que los líquidos le caía mal porque suelen apagar los fuegos y destruir los cielos en la garganta y entonces; en lugar de llamas, se tosen cenizas y eso, nunca es del todo agradable. Y luego, añadió:

- ¿sabe usted? No suelen ser amables a mi llegada, por lo general no desean recibirme y aún a pesar de los años, no logró comprender porqué esos gritos. La verdad no son agradables para mi oído; de ahí he obtenido esta fama de un verdugo que ejecuta con la velocidad del trueno, porque siempre, en esos casos y que son lo más por cierto; simplemente acato la orden lo más velozmente posible para restaurar el silencio. Pero hoy, quizá, pueda hacer una excepción con usted, porque imagino al menos, sabe muy bien la razón de mi visita, ¿no es así?

Trague saliva y asentí temblando, muy levemente, el gesto no permitía asegurar ni negar nada del todo, con lo que me creí por un instante, torpemente a salvo, aún a pesar de estar plenamente consciente de que

se trataba de mi propia ejecución.

Aquel extraordinario ser, se acomodó mejor y fue entonces que pude ver entre sus mangas aquella piel. Era un ser pétreo, una verdadera gárgola de oscuridad de la que nacía su plumaje y cuya vitalidad provenía de una antigua maquinaria con engranajes de reloj. Con sus garras desnudas de bronce comenzó a arañar el piso de madera como si fuera hojarasca, era evidente que esos crujidos le deleitaban. Sus ojos fijos eran dardos de muerte y no me perdían de vista. Con su nariz de ganzúa me hacía sentir como se bebía todo el aliento. Luego extendió sus alas de lluvia para acomodarse mejor y el agua cayó formando charcos, se sacudió y, a sus anchas, alas y agua, ocuparon todo el lugar y entonces dijo:

-Mire, con usted seré cordial, en agradecimiento y porque esto es sumamente simple, su tiempo ha terminado; ¿tiene algo que quisiera mostrarme que valga la pena? para que le dé, digamos un plazo extra, le advierto que será breve y por supuesto correría por mi cuenta. Con los superiores podría decir que no le encontré pero que le buscaré nuevamente terminando toda mi lista de creadores, si para entonces usted tiene algo en las manos aunque sean algunos garabatos y puede respaldarlos con algo de verborrea..., quizá hasta puedan darle, digamos, una brevísima amnistía atemporal. ¿Le gustaría leerme algo ahora?

Mis ojos estaban ya desorbitados y los latidos me inundaban la garganta; me levante para tomar de una mesa el cuaderno en que escribí con la tinta púrpura que me ordenaron. Al abrirlo, las palabras se diluyeron formando una mancha al centro y, con horror, descubrí que habían hurtado mi historia, habían hurtado todas las palabras, no quedaba ni rastro de la tinta, sólo había hojas vacías, en blanco. El tiempo se detuvo en aquel instante, sólo alcance a medio girar la mirada cuando un viento fulminante con relámpagos destrozó el lugar.

Sí, el tiempo se detuvo para mí aquel día.

Ahora me sientan cada mañana, de diez a dos en esta silla para ver a las personas pasar. Me dicen que tuve un gran talento. No recuerdo nada, sólo ese sueño; todo lo demás me es ajeno, no recuerdo ningún rostro. Sólo me queda un sabor a fuego en la boca y esa maldita acidez cada vez que abro mis ojos, ya no puedo ni inventarme una historia que le de razón a mi estadía en este lugar que me resulta eternamente desconocido y al que sólo lo habita una breve luna tras la ventana.

Lucía de Luna, 19 nov. '12.